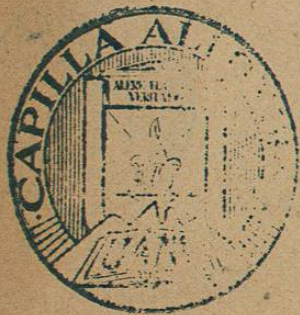


PQ 7297

.T41

C6



FONDO EPISTOLARIO  
VALVERDE Y TELLEZ

DIOS EN LA ALDEA.

---

Eso de oír la rústica alabanza  
De la turba sencilla,  
Que en alas de dulcísima esperanza  
A la celeste bóveda se lanza  
Y al ángel maravilla;

---

Eso de oír cuál rompe vibradora  
El arpa de la aldea,  
Y dulce flauta y cítara sonora,  
Del sacrificio próxima la hora,  
Que ya el incienso humea;

---

Eso de oír aquel rumor ferviente  
De dóciles cristianos,  
Que al par del sacerdote reverente  
Dan gloria á Dios, y el pecho humildemente  
Golpean con sus manos;

---

Y ver ardiendo en vívidos fulgores  
Cirios de blanca cera,  
Y ver ofrendas de olorosas flores  
Que á la reina de célicos amores  
El amor ofreciera;

003393

Eso es probar altísima delicia,  
 Más que la miel sabrosa  
 Que la inocente abeja beneficia  
 Y que afanado el viador codicia  
 En soledad tediosa.

Cuán grande es Dios si la oblación recibe  
 Del tímido aldeano;  
 El alto Dios que en las ciudades vive  
 No creais que á los cándidos esquive,  
 Con ellos está ufano.

En una aldea, en plácida mañana,  
 La fiesta de María  
 Celebróse; la hostia soberana  
 A la que excelso coro dice hossana  
 Humilde se ofrecía.

¡Dulces horas! Henchido de ventura  
 He visto á las doncellas,  
 De rostro hermoso y de conciencia pura,  
 Angeles ignorados de ternura,  
 Como los lirios bellas;

Con castos ojos húmedos de llanto,  
 A la mesa acudían  
 En que el maná se come sacrosanto;  
 Con dulce amor y religioso espanto  
 El pan vivo comían

Pacífico levita ministraba  
 El manjar misterioso;

Y ¡cuánta fé con su callar mostraba  
 Femenil pueblo en cuyo pecho entraba  
 Adonai poderoso!

Ofúscame de lágrimas un velo;  
 Mi corazón se siente  
 Inundado de férvido consuelo,  
 Como lluvia copiosa moja un suelo  
 De sequedad ardiente

A esa hora sentí de Dios la mano  
 Halagarme propicia  
 Con aire de cariño soberano,  
 Como al crecido adolescente ufano  
 Una madre acaricia.

Con amorosa queja el Dios clemente  
 Al corazón reclama,  
 Así cual padre á su hijo delincuente;  
 Otra vez más al alma fué patente  
 Cuánto el señor me ama.

Y entonces vino á la memoria mía  
 La historia de finezas  
 Que á amar á Dios me obligan á porfía.  
 He suspirado; al suspirar sentía  
 Alivio á mis tristezas.

Y allá en mi corazón, cuando sorprende  
 El pobre y desvalido  
 Cuán bueno es el Señor, y cuál atiende

A los que al mundo sin piedad ofende,  
De amores he gemido.

—  
¡Hasta cuándo Señor seré yo tuyo  
Cual uno de tus santos!  
¿Por qué de tí languideciendo huyo?  
Pasan los días, de vivir concluyo,  
¿Y esquivo tus encantos?

—  
Tú me descubres, ¡oh mi dulce dueño!  
De tu futura gloria  
Algo cada ocasión más halagüeño,  
Y me separa tu amoroso empeño  
De la senda ilusoria.

—  
¡Día dichoso aquel en que dejando  
Mi mente y mi albedrío  
Lo que del sumo Bien me está apartando,  
Dé todo el ser en holocausto blando  
A tí solo, Dios mío!

Puruándiro, 2 de Febrero de 1874.

### LA LUNA NUEVA.

—  
¡Cielo azul,..... nube ninguna  
Si no es del Ocaso lejos .....  
Brilla con dulces reflejos  
Por fin temprana la luna!  
Qué consuelo, qué esperanza  
No brinda esa luna nueva  
Que á los corazones lleva  
Su promesa de bonanza.

Tras de esas noches sin vida  
Estando la luna ausente,  
Qué delicia el alma siente  
Al volver su luz querida.

Siente como recobrado  
Todo un bienestar perdido,  
Que renace del olvido  
Todo un cielo del pasado.

¡Oh luna! cuánta dulzura  
Cuando naciente apareces,  
A este corazón ofreces  
Tan huérfano de ventura.

Consumido de su tedio,  
De su paz desheredado,  
Tu luz nueva el desgraciado  
Ve cual siíave remedio.

Astro de feliz tristeza,  
Alzo á tí blando suspiro  
Cuando por la tarde miro  
Renovada tu belleza.

En la ciudad importuna,  
En la soledad campestre,  
No hay vez que así no te muestre:  
¡Luna nueva! ¡ved la luna!

Y al decir, sé que reclamo  
Tal lenitivo á mi pena,  
Que si te amo luna llena  
Luna nueva yo te amo.

Astro de paz y esperanza,  
¿Será vano este deseo,  
Este amable devaneo  
A que el corazón se lanza?

¡Qué! ¿será engaño y mentira  
Ese alivio, ese consuelo,  
Ese descanso, ese cielo,  
Por el que el alma suspira?

¡Oh nó! el lloro vehemente  
Con que mi pena conjuro  
Déjame cierto y seguro  
De eso que el alma presiente.

¿Quién dió al mortal ese anhelo  
De bien, de amor, de ventura,  
En medio á tanta amargura,  
En medio á tanto desvelo?

¿Quién te puso, luna hermosa,  
Cual un anuncio de calma,

Que no le cumpla á nuestra alma  
Su promesa bondadosa?

¡Ah! yo seguiré cifrando  
Siempre en tí, temprana luna,  
Mi mudanza de fortuna,  
La dicha en que voy soñando.

Yo quiero paz verdadera,  
Quiero del alma el contento;  
Lo que no debo, eso siento;  
Lo que no siento, quisiera.

Verdad quiero, verdad pido,  
Luz y fuego que me inflame,  
Amor, amor, con que ame  
A ese bien de quien me olvido.

Pasan días, pasan años,  
Y en tanto el desvío ciego  
A que infelice me entrego,  
Labra ¡oh Dios! mis desengaños.

¡Cuando será, dulce luna,  
Que al mirarte en nuevo día,  
Te noticie el alma mía  
Su mudanza de fortuna!

Y que en tal día me vieras  
Con tanta paz en mi pecho,  
Que diga: ¡luna, es un hecho,  
Al buen Dios amo deveras!

## HIMNO Á LOS DESPOSORIOS

DE MARIA SANTISIMA.

## CORO.

De Solima la púdica hija,  
De David la heredera gloriosa,  
Con José, siervo fiel, se desposa;  
¡Oh Judá, cerca está tu salud!

Digno esposo de excelsa señora  
Esa virgen que amores te jura,  
Más que lirio balsámico es pura,  
Será madre de Cristo Jesús.

Virgen santa, del Padre escogida  
Para madre del Verbo divino,  
Tu dichosa palabra el destino  
De una stirpe infeliz mudará.

¡Oh Israelita! más pura y amable  
Que los rayos del sol esplendente,  
Que las ondas de nítida fuente,  
Que el aroma de flor matinal.

Qué feliz el varón á quien toca  
De tu angélico amor el tesoro,  
De la Arabia y de Ofir todo el oro  
A ese bien comparable no es.

Años mil de estas bodas estuvo  
El mortal infeliz en espera;  
Lo que á Abrán y David no se diera  
Se concede al humilde José.

No el Señor á los grandes del mundo  
En sus altos favores prefiere;  
Corazones sencillos él quiere,  
La pureza de humilde virtud.

Como tú, no es posible en la tierra,  
Ni en los cielos hallar criatura  
Más humilde y más casta y más pura:  
Del mortal ya serás la salud.

Serafines, cantad á la hermosa  
Reina vuestra y la Madre del hombre  
Entre todo lo criado no hay nombre  
Más hermoso que el de esa mujer;

Ni en los siglos mortal hubo alguno  
Tan querido de Dios y dichoso,  
De esa Virgen cual es el esposo,  
Como el casto y humilde José.

## PARA LAS "POSADAS"

DE NOCHE-BUENA

Dichosos mil veces,  
Hijos de Isräel,  
Que hoy á vuestra Reina  
De huésped tenéis.

—¿Quién es? ¿no es aquella  
Dichosa Mujer,  
Bendita entre todas,  
Prima de Isabel?

—Es Ella; miradla;  
Decidnos si fué  
Más buena y amable,  
Más bella Raquel.

—Bendita mil veces  
La que en Nazareth  
Recibió un mensaje  
Del celeste Rey.

—Sin duda en los Cánticos  
Predicha se vé,  
Selecta entre todas,  
Más bella que Esther

—Pero ¡ah! quién os dijo  
Que hubiera desdén

Para tanta gloria,  
Para tanto bien.  
—Olvida su pueblo  
Que el Dios de Isräel  
Vendrá humilde y pobre  
De paz como rey.

—Por eso la Reina,  
Sin gloria ni prez,  
Cual lirio entre espinas  
Se mira también.

—No así para aquellos  
De su pueblo fiel;  
Cuán excelsa y santa  
La mire la fé.

—¡Oh gloria del Líbano,  
Gloria de Salem!  
A la humilde casa  
De tus hijos vén.

—Oh Esposo felice  
A quien dado fué  
Guardar á la Esposa  
Del Dios de Isräel.

—Entrad, peregrinos;  
¡Tanta dicha quién  
Nunca en su morada  
Pudo merecer!

Mañana la ruta  
Seguid á Bethlem,  
Que la gloria ¡oh gozo!  
Del Verbo veréis.

México, Diciembre 20 de 1875.

A JESUCRISTO RECIEN NACIDO,  
LOS PASTORES.

---

¡Oh Dios niño, oh rey del cielo,  
Oh luz de dulces amores!  
De unos humildes pastores  
Primero te dejas ver.

¡Gloria al Verbo de Dios vivo,  
Gloria al hijo de María,  
Por fin amanece el día  
Tan ansiado de Isráel!

Aquel que adoran los ángeles  
En trono eterno y sublime,  
Hoy en un pesebre gime  
De crudo invierno al rigor.

Tanto á los hombres amara  
Dios, como David predijo,  
Que dá á su mismo Hijo  
Del pecado, redentor.

Feliz mujer la que fuera  
Entre todas escojida  
Para en su seno dar vida  
Al Unigénito Rey.

Dichosa la que creyéndose  
Sierva humilde del Potente,  
A ese trono refulgente  
De Reina exaltada fué.

---

LOS PASTORES AL NIÑO DIOS

---

Al ya nacido Mesías  
Al Rey de la nueva alianza,  
Acudamos sin tardanza  
Y démosle adoración.

En ansias de tu hermosura  
Oh Jesús, Verbo divino,  
Cuán rísueño es el camino  
Que va de tu amor en pos.

Tórtolas de la montaña  
Quién vuestras alas nos diera;  
La dicha que nos espera  
Ensueño del mundo fué.

Ver á Dios y verle hecho  
Hombre mortal, tierno niño  
Y en tan pobre desaliño,  
De nuestro amor es la sed.

Vamos presto, grande gozo  
A nuestra alma se prepara  
¡Quién tal dicha imaginara!  
De los pobres gusta Dios.

Y ofrézcale nuestro afecto,  
En vez de plata y de oro,  
De la gratitud el lloro,  
De la humildad el honor.

## HIMNO AL NACIMIENTO

DEL NIÑO DIOS.

¡A ese Niño de Dios Unigénito  
Que nació de la humilde María,  
Himno nuevo de inmensa alegría,  
¡Oh mortales felices cantad!

Como flor en desierta llanura  
Nace el Verbo de Dios humanado;  
Cuán sublime el Eterno ha mostrado  
Hacia el hombre su amor y piedad.

¡Ved! qué gracia ese Niño respira.  
Son de amores un cielo sus ojos;  
¡Oh naciones, venid y de hinojos  
Adorad á ese altísimo Rey.

El fulgor de una alegre mañana  
Con su cielo, su aroma y su brisa,  
No es tan bello cual es la sonrisa  
De este hijo de nueva Raquel.

¡Oh Adonái! ¿Eres tú el que fulgura  
En los cielos con hórrido trueno?  
Cuán amable y piadoso y cuán bueno  
Te revelas, oh Dios Salvador.

Ved cuál vierte ese niño su llanto,  
¡Oh! hermoso que al mundo redime

Ved al Verbo humanado cuál gime  
Aplacando del Padre el furor.

No es tan tierno del manso cordero  
El callar, ni de tórtola el llanto,  
Como es de ese párvulo santo,  
Tan humilde, tan blando gemir.

¡Oh! mil veces, mil veces dichosa,  
La mujer que en su seno llevara  
Ese fruto de estirpe preclara  
Que ha debido del cielo venir.

¡A ese Niño de Dios Unigénito  
Que nació de la humilde María  
Himno nuevo de inmensa alegría,  
¡Oh mortales felices cantad!

Como flor en desierta llanura  
Nace el Verbo de Dios humanado  
Cuán sublime el Eterno ha mostrado  
Hacia el hombre su amor y piedad.

Puruándiro, Diciembre de 1877